

Comente el poema "A Francisco Salinas" de Fray Luis de León

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música estremada,
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamientos se mejora;
el oro desconoce,
que el vulgo vil adora,
la belleza caduca, engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no precedera
música, que es la fuente y la primera.

Ve cómo el gran maestro,
aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el son sagrado,
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta;
y entrambas a porfía
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega
que ningún accidente
estraño y peregrino oye o siente.

¡Oh, desmayo dichoso!
¡Oh, muerte que das vida! ¡Oh, dulce olvido!
¡Durase en tu reposo,
sin ser restituido
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,

amigos a quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh, suene de continuo,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos
quedando a lo demás amortecidos!

Oda compuesta por diez liras, estrofa de cinco versos y rima consonante introducida por Garcilaso en España, aunque éste sólo la usara una vez, su esquema es 7a, 11B, 7a, 7b, 11B. Poema dedicado a su amigo el catedrático de música de la universidad de Salamanca, Francisco Salinas.

TEMA: Admiración (amor) por su amigo, expresada en el éxtasis que produce su música en quien la oye.

ESTRUCTURA: Hay una gradación ascensional hasta la lira quinta, casi como si fuéramos subiendo escalones en una escala mística y que alcanza el clímax en las estrofas sexta y séptima, donde se mezclan las músicas terrenas y celestes, alcanzando el alma el goce extremo; transportada, no oye ni siente nada que no sea la armonía.

En la 8ª se produce el anticlímax, muy horaciano, que nos devuelve al mundo real: *bajo y vil sentido*.

Y en la 9ª y la 10ª, ya en el mundo real, Fray Luis exhorta a escuchar la música de Salinas a sus amigos, para alcanzar el bien divino a través de ella.

ANÁLISIS ESTILÍSTICO: Ya con el primer verso "*el aire se serena*", el poeta nos prepara, casi como si nos provocara una relajación, para asimilar mejor el sentido del poema. El ritmo acentual yámbico potencia esta disposición. Aunque el vocativo *Salinas* parece ponerle un contrapunto más cercano, luego nos avisa con ese adjetivo *estremada* de que estamos a punto de deleitarnos con algo admirable.

En la segunda estrofa observamos el anafórico *cuyo*, un engarce con la primera lira que se hace extraño en unas estrofas, las de Fray Luis, que son tan independientes sintáctica

y semánticamente como pequeños poemas individuales. Aquí el alma se mueve todavía entre dos polos: olvido y esclarecimiento, antes y después de escuchar la música.

La tercera estrofa nos muestra lo vil, lo bajo para potenciar más lo sublime a lo que tendemos. Hay bimembraciones: *suerte y pensamiento, caduca y engañadora*, muy renacentistas.

En la cuarta estrofa continúa la ascensión: *hasta llegar a la más alta esfera*, verso con aliteración de *es* que le dan luminosidad, y acento en 4ª y 7ª (dactílico), que parece marcar, al alcanzar lo más alto, un cierto cambio de paso con respecto al ritmo yámbico. Fray Luis se apoya en las teorías pitagóricas de la música de las esferas.

En la quinta, ya está el alma en contemplación de Dios (*el gran Maestro*), cuya música era, según san Agustín, la armonía del Universo, denotado por la metáfora *inmensa cítara* en el poema. Hay aliteración de *es* en el quinto verso, como para apoyar el participio *sustentado*: esta música sagrada, tocada por el Gran Maestro, todo lo sustenta.

En las estrofas sexta y séptima se da la unión, y fray Luis nos lo muestra con sustantivos y adjetivos apropiados: *concorde, consonante, dulcísima, armonía, dulzura*, hasta llegar al tercer verso de la séptima lira, *en él así se anega*, todo vocales claras, que nos hacen navegar por un mar de música y poesía hasta no oír ni sentir nada fuera de esta armonía.

La octava lira comienza con un apóstrofe para después bajar la vista a *aqueste bajo y vil sentido*, otra estructura bimembre que ahora remarca el descenso. *Desmayo dichoso, muerte que das vida, dulce olvido*: oxymora y paradoja muy en la línea de la poesía mística y que pueden ser un trasunto de la dualidad música celeste-música terrena que nos hace ver el poeta.

En las liras novena y décima hay un hálito de nostalgia por lo vislumbrado y en lo que no puede extasiarse para siempre, pues ha de volver a ese *vil sentido* (anticlímax), nostalgia intensificada con el pleonasma *triste lloro*, referido a todo lo visible de este mundo; pero la música de Salinas escapa de lo ruin que compendia ese sintagma: «todo lo visible». Y acaba el poema con la alabanza final al maestro, que es capaz de despertar los

sentidos del que escucha su música y que estos mismos sentidos queden amortecidos a todo lo ajeno a ella.

CONCLUSIÓN: Fray Luis de León, en esta oda de diez liras, armoniza el conjunto de las teorías pitagóricas sobre la música de las esferas, el neoplatonismo renacentista y su manejo horaciano de clímax y anticlímax, para recrear con maestría su profunda admiración, su amor, por Francisco Salinas, compañero suyo en la universidad de Salamanca. Transportado por la música terrena del insigne catedrático, llega a un estadio celeste, donde se funde esta música terrena con la música del Gran Maestro, que, según san Agustín, es la que armoniza el Universo entero. Se produce una suerte de comunión entre ambas, expresada por fray Luis en unas estrofas centrales que pueden ser consideradas como las únicas plenamente místicas de su poesía (un misticismo que él mismo se negaba).

Es una composición con poco aparejo estilístico, como para no estorbar la armonía que desprende todo el poema, apenas los hipérbatos y bímembraciones de corte renacentista, alguna metáfora, aliteraciones de vocales abiertas y limpias, ajustadas al sentido, y unos apóstrofes con oxymora finales que remarcan la polarización de las músicas que han llegado a fundirse antes del anticlímax.